

## LA ISLA LUMINOSA

Cuando el cuerpo yace relajado, descansando de los trabajos diurnos, el espíritu y la mente siguen en plena actividad, corretean libres a través del mundo onírico sin las trabas que la vida de este lado les impone. Como si tuvieran un pie en cada lado, a veces, se encuentran en un misterioso tramo que une el mundo denso en el que habita nuestra consciencia, con el otro más sutil y ligero, el de los sueños, Son estados de duerme-vela en los que, en ocasiones y con gran nitidez, llegan a nuestra mente, pensamientos, imágenes e incluso secuencias de acciones que nos impactan.

Encontrándome en un estado semejante, sentí con claridad el aislamiento que sufren los Maestros y los Sabios. Esos seres extraordinarios que tratan, con su esfuerzo, de aportar bienestar a nuestras vidas, con la finalidad de que la humanidad avance y vaya adquiriendo cada vez metas más altas. Trabajan por y para los demás sin pensar en beneficios propios, generalmente rodeados de soledad, indiferencia e incluso el desprecio y la agresión de una parte de los que les rodean.

La imagen llegó muy clara, el sabio era una isla brillante como un Sol, rodeada de un oscuro y sucio mar negro. El agua, formada por un aluvión de seres diminutos y negruzcos que semejaban hormigas juntas y apiñadas, se mostraba como una gran masa renegrida, de individuos que danzaban, llevados por el oleaje, siguiendo todos el mismo son. Entre la Isla Luminosa y las tenebrosas olas, había una franja algo más clara, formada por un grupo de seres que trataban de disgregarse de esa marea, acercándose a la luz.

¿Por qué, pensé, la ciénaga oscura evita por todos los medios la claridad y no quiere acercarse a ella?, ¿por qué la rehuye y prefiere sumergirse en esa masa negra, burda y absurda?. La respuesta acudió prontamente:

- Porque existe miedo a la **diferencia**. La Isla es distinta, más alta que ellos y está llena de luz, su pequeñez queda resaltada y eso no les gusta.
- Tienen **miedo** a la luz. Su claridad los traspasa, dejando al descubierto lo que verdaderamente son, seres con defectos e iniquidades ocultas.
- Sienten **envidia**. Ansían su claridad, mas no están dispuestos al esfuerzo que les exige el llegar a conseguirla.
- Instalados en la **comodidad**, prefieren dejarse llevar por la marea, camuflarse en la masa, ser como todos y así eludir responsabilidades para con ellos mismos y para con los otros.
- Cobijados en la **ignorancia**, postura cómoda de la que no quieren salir, siguen la consigna de “cuanto menos sepan, menos tienen que responder”.
- No debemos olvidarnos de la **imbecilidad**, porque ante la posibilidad de acercarse a la luz y crecer, la evitan manteniéndose en un estado de quietismo o degradación.
- Y siempre, la **maldad** está presente. A la hora de ejercer el mal y pasar desapercibidos, no

hay mejor lugar para instalarse que la masa y sus coletillas, “todos tenemos defectos”.

Por todo ello, la masa odia, siente rechazo hacia los Seres Isla, que marcan la diferencia con su sabiduría, fuerza y bondad, por eso los temen, ignoran y si pueden, agreden y eliminan.

### La Semilla

El viento la transportó en sus brazos, depositándola suavemente en el seno del frondoso valle, luego, sopló sobre la tierra, formando con ella remolinos de arena que acabaron cubriendo la pequeña semilla. ¡Qué bien se estaba allí!, el agua la humedecía, el Sol la calentaba, la tierra la envolvía y la alimentaba como si estuviese en el seno de una buena madre. Entregada a su sosiego, sintió, de repente, que su corazón latía, algo se movía en sus entrañas, se sobresaltó. Un impulso irrefrenable le invitaba a dejar parcialmente el claustro, a buscar la luz. Notó cómo una parte de ella misma se alargaba, arañando los resquicios de la tierra, trepando hasta alcanzar la superficie y cuando la hubo alcanzado, una hojita diminuta se asomó tímidamente al mundo.

El agua la refrescaba, los rayos del Sol la acariciaban, el viento la mecía suavemente, la escarcha de la mañana la llenaba de finas gotas de rocío y ella, creció hasta convertirse en una hermosa planta de la que surgió una flor. Vivía feliz. Allá en el fondo del valle veía pasar las nubes formando figuras extrañas, los pájaros en sus trinos, le contaban historias de lugares remotos, las mariposas, con sus alas de hada, le hacían cosquillas y bailaban a su alrededor, los insectos libaban en su polen haciendo que se sintiera liviana y libre y el Sol, la envolvía a diario con su gran abrazo docente y protector.

Ingenua, feliz y despreocupada, todo era fácil a su alrededor. Vio, un día, que una marea verde que se divisaba a lo lejos, avanzaba poco a poco hacia ella. Qué bien, pensó, tendría nueva compañía, le contarían historias desconocidas y ella podría relatarles las que los trinos de los pájaros le narraban. Les hizo señas de amistad y las hierbas siguieron avanzando. La flor les llamó y les tendió los brazos. Hipócritamente le contestaron mientras la rodeaban. Trataban de que el Sol no llegase a ella, intentaban que sus preciosos colores quedasen diluidos, cubiertos y opacados por la avalancha. Era la cizaña, la gran masa que todo lo engulle, destruye lo distinto a ella, prohíbe la belleza y todo lo que tiende a destacar.

Inmersa en la marea, la flor se asustó, se ahogaba, no podía respirar, se sintió defraudada. Sin pensar, había confiado en quien no debía y ahora lo pagaba. Oyó, de repente, un ruido extraño y vio como la cizaña iba cayendo a sus pies, era el jardinero que limpiaba el valle de malas hierbas. Quedaba de nuevo en libertad. El hombre la miró, suavemente la arrancó de su tallo, la acercó a sus labios besándola con devoción y cuando llegó a la casa, la depositó, con emoción y delicadeza, en el tibio pecho de su esposa. La flor se estremeció y sintió el Amor, se acordó del Sol.

El Sol, el Amor, redimieron a la flor.

### La Fuente

El otro día en un sueño, habían destrozado una fuente que a la orilla de un camino, servía para calmar la sed de los caminantes. Era el símbolo perfecto de algo que me querían transmitir, destrozaban y por tanto, dejaba de existir la fuente que nos informa, que nos alivia, que nos regenera como si de un bautismo se tratase, nos vivifica, calma nuestro cansancio y nuestras angustias, nos da fuerzas y ánimos para seguir caminando, nos acoge en su manantial de aguas puras y perpetuas. Las fuentes, los manantiales, son maravillas que surgen de la tierra, a veces brotan ruidosos, con fuerza, tienen ganas de libertad y se desbocan cuando la encuentran. Saltan entonces de su encierro, ofreciéndonos una potente sinfonía musical producida al romper sus aguas sobre las rocas, al saltar al vacío en cascadas valientes y alegres que murmuran atronadoramente antes de posarse en el lecho del río que las acoge. Otras veces salen silenciosas, medio escondidas, temerosas de que la luz, pueda descomponer sus aguas en múltiples colores. Buscan pequeños riachuelos por los que discurrir con tranquilidad, ofreciendo sus beneficios con humildad y eficacia. En ambos casos, son un regalo para los ojos porque el agua da vida y la vida surge por donde mana y transcurre. Sus orillas se cubren de plantas, árboles y flores, estos a su vez, se llenan de insectos, pájaros, animales de toda especie. La vida, se mueve al par de las aguas pobladas de peces y animales acuáticos.

El misterio de las fuentes, ha hecho pensar a los hombres desde los tiempos más remotos, la imaginación hizo que en ellas habitasen diosas, hadas, xanas, ondinas y geniecillos. Allí vivían tranquilas escondidas entre las aguas, de las que surgían en determinadas épocas y condiciones, favoreciendo o castigando a quien osase encontrarlas.

En las fuentes hay hadas, las hermosas xanas que guardan las aguas que usa su Patrono para regenerar la vida de las personas. Salen de ella, el día de la Fiesta Grande y traen consigo la flor del agua que llena de beneficios y amores a quien la encuentra. Es la mágica noche de San Juan, ¡La fiesta del Bautista!

## Lo que brilla.

Cuenta la leyenda, que hubo una vez una serpiente que comenzó a perseguir a una luciérnaga. El pobre gusano muerto de miedo, huía con toda la rapidez que podía de la feroz serpiente, la depredadora estaba empeñada en alcanzar su presa. La luciérnaga huyó un día, y otro día, y otro y otro.. pero la serpiente no desistía de su empeño. Al cabo de los días, sin fuerzas, el gusanito de luz paró y dijo a la serpiente: ¿Puedo hacerte tres preguntas? No acostumbro dar respuestas a nadie pero como te voy a devorar, puedes preguntarme... ¿Pertenezco a tu cadena alimenticia? No. ¿Te hice algún mal? No, Entonces ¿Porqué quieres acabar conmigo? Porque no soporto verte brillar.

Buscaba información sobre la serpiente, su sabiduría, su simbolismo, como la han visto otros pueblos y como es vista actualmente. Me he encontrado con este pequeño cuento que hace pensar y recapacitar. Es la envidia, un sentimiento bajo y rastrero excesivamente arraigado entre los hombres, es por envidia por lo que no se admite a los sabios y a los santos, no se quiere ver lo que han logrado a base de esfuerzo.

Comprobar como brillan, es algo que la gente no soporta porque inmediatamente vienen las comparaciones y eso no les gusta. No se dan cuenta, que la envidia es un sentimiento tan insano como irresistible, al que más daño le hace, es al que la genera.

A pesar de todo, ni la envidia ni otras actitudes negativas, logran apagar el brillo del que lo tiene por méritos propios, está en la esencia de su persona y eso es intocable. Hay una canción que dice: *Lo que brilla con luz propia, nadie lo puede apagar.*

## La pequeña Flor

La flor tiró de la planta, estaba en plena formación, crecía blanca y hermosa, pero su corazón, no se sentía contento, en su interior crecía una fuerte desazón.

¿Por qué todo su sustento provenía de la tierra, si ella amaba al SOL?. Quería que sus raíces salieran del oscuro suelo, que abrazaran libres y airosas los rayos del cálido astro que brillaba en los cielos.

Trabajó, se esforzó y lo logró.

La flor miraba hacia el cielo y su corola armoniosa de brillo y luz se llenó, pero no vivía sola, rodeada de otras flores de tonos multicolor, que arraigadas en la tierra, exhibían sus colores, derramaban sus olores y envidiaban la osadía que hacía libre y distinta a la flor.

Todas se confabularon, sus raíces atacaron, su talle zarandearon, querían con fiero ardor que su brillo se opacara, que del bello y ardiente SOL, los rayos no abrazara, que fuera, en fin, una de ellas, florecita del montón.

No entendía aquella agresión y por ello sufrió y lloró. ¿Por qué si el brillo envidiaban, su postura no copiaban y en vez de absorber del suelo no miraban hacia el cielo y se acercaban al SOL?.

Pensó mucho, sufrió mucho, pero su fuerza creció, no quería ser como ellas, su destino era el cielo y la libertad su anhelo, sus raíces no querían vivir a expensas del suelo, deseaban conocer ámbitos más elevados, por Grandes Seres creados. No le importaban las flores, sus colores, sus olores, sus charlas y sus envidias, de todo se separó y tras muchos avatares, ayudada por su SOL, en brillante flor de luz, se convirtió.

## La Feria

Murió Gelina y Nolo quedó envuelto en una soledad que le aplastaba, minaba su ánimo y casi no le dejaba respirar. Nunca pensó que podría añorar tanto en a su consorte. La casería se había quedado muda y solitaria, hasta los animales que la habitaban andaban silenciosos, escurridizos y con aspecto temeroso. Se echaba en falta el parloteo incesante de la mujer, su trajinar por la casa, los patios o la cuadra de las vacas, las cariñosas regañitas a las gallinas que picoteando osaban entrar en el portalón o los piropos y lindezas que dedicaba a la Pinta, su vaca favorita. Se había ido Gelina, el silencio era demoledor y la soledad tan abrumadora que solo invitaba a la inanición.

Carmina, su hija, estaba preocupada, nunca había visto a su padre tan hundido, falto de estímulos y abandonado. Deseaba llevárselo con ella a la ciudad donde habitaba, pero Nolo no quería ni oír hablar del tema. ¿Qué iba a pasar con su huerta, sus animales, los enseres de la casa? No, ni soñar, a la ciudad nunca, él estaba acostumbrado a sus paisanos con los que se podía hablar y de los que no dudaba le echarían una mano en caso de apuro, necesitaba sentir el frescor del rocío, contemplar las caprichosas nieblas mañaneras bailando entre los prados, observar con alegría cómo, poco a poco, iban dejando al descubierto las montañas que le rodeaban, las caellas de barro y piedras que se perdían en la lejanía, la compañía tranquilizadora de las caserías mas cercanas. Disfrutaba escuchando el tañer de la campana de la iglesia del concejo, el sonido del badajo golpeando la esquila de las vacas, el rumrúm de los animales que poblaban los prados, el ladrido de los perros. En la ciudad no se hablaban los unos con los otros, no se saludaban, todos tenían prisa, ni siquiera se miraban y además, había que andar pendiente de los coches, tragando el humo que soltaban y soportando los molestos ruidos que producían. Él no era hombre de ciudad.

Se acercaba la fiesta de la Ascensión, Carmina encontró la ocasión para convencerlo, solo serían unos días, podría visitar la feria del ganado que tanto le gustaba y luego, si no quería quedarse, se volvería a la aldea, Vicentón, el vecino, cuidaría mientras tanto de los animales. A regañadientes y tentado por la perspectiva del evento, nuestro hombre se dejó convencer y una mañana húmeda y lluviosa, resguardado bajo un enorme paraguas, puso rumbo hacia la ciudad.

Volvió a encontrarse con los coches que le atemorizaban, los ruidos que le confundían y un movimiento vertiginoso que rompía su tranquilidad y atontaba la mente. ¿Cómo podía vivir allí tanta gente, metidos en pisos tan altos, sin pisar la tierra sin sentir el mullido de la hierba?. Por muy arriba que viviesen, ni veían las estrellas, ni observaban los borrones blanquecinos de la Vía Láctea, ni podían contemplar el rubor del amanecer tras haber dormido en brazos de la noche. No lo entendía y por más que su hija le mimase y estuviese pendiente de él, no lograba sentirse a gusto. Solo le mantenía la ilusión de la feria y sus ganados, los paisanos de la aldea que en ella se movían y los trapicheos de compra venta que tan bien conocía y estimulaban su ánimo.

Llegó el gran día, Nolo se vistió para la ocasión, cogió su cachaba y sorteando calles y callejuelas, se dirigió hasta el recinto ferial. Había mucha animación, los hombres hablaban en voz alta, discutían precios y observaban los animales. Nuestro amigo lo miraba todo con complacencia, se fijó en ejemplares magníficos que pasaban de una mano a otra, tras esgrimir el vendedor toda la retahíla de cualidades de la pieza y objetar el comprador buscando peros y defectos que pudieran abaratar la compra. La mañana pasó rápida y ya casi a la hora de marchar, una vaca rubia atrajo su atención, se quedó quieto, mirándola como hechizado, era una res preciosa. Quien sabe si por inercia, costumbre o curiosidad, preguntó el precio y al vendedor se le iluminaron los ojos. Comenzó la rutinaria ceremonia de tanto vale y tanto doy, el rito se fue alargando hasta que en un determinado momento, casi sin darse cuenta, Nolo ofreció y el vendedor aceptó. La vaca era suya y entre gente de bien no podía volverse atrás, las leyes no escritas de la feria y el pundonor, se lo impedían.

Allá vemos a nuestro hombre, cabizbajo, saliendo de la feria, tirando del ramal y caminando por las calles de la ciudad lenta y pesadamente delante de la vaca. Llegó a la casa de su hija, llamó al timbre y pidió que bajase, obviamente, la vaca no podía subir las escaleras. Pero..., ¡que has hecho padre!, dijo entre enfadada y asustada Carmina, ¿que hacemos ahora con este animal?. El hombre pesaroso se rascaba la cabeza sin saber que decir. Entonces, ella tuvo una brillante idea, volverían a la feria y tratarían de venderlo.

Y aún le ganaron unos dineros.

### ARQUÉS

**Está más loco que Arqués.** Es lo que decían en el pueblo cuando se referían a personas cuya conducta insólita, extraña o extravagante, causaba estupor y a veces risa.

Arqués fue un personaje pintoresco, único vástago de una familia acomodada venida a menos. Hacía cosas raras y atípicas, que unas veces divertían y otras irritaban, desde luego, no pasaba desapercibido ni dejaba indiferente. Era dueño de una finca, la única que quedaba del basto patrimonio familiar, que al igual que la mayoría de las fincas del término municipal del pueblo, no estaba vallada. Nuestro hombre, por aquello de poner puertas al campo, se empeñó en instalar un portón para acceder a ella. Todo el que fuese a trabajar allí, al igual que sus animales y aperos, debía pasar bajo su dintel, después de abrirla, convenientemente, con una gran llave. Comentaban que en más de una ocasión se volvió al pueblo, andando desde la finca y sin entrar en ella, porque se le había olvidado en casa la dichosa llave.

Y le llegó la edad de casarse, consideró que en la cercana ciudad podría encontrar una muchacha acorde a su rango y necesidades que estuviese dispuesta a compartir su vida y hacerle feliz. Por supuesto que la encontró, la cortejó, la convenció y decidió acercarla hasta el pueblo para mostrarle su futura vivienda y posesiones. Una vez allí, la condujo a un altozano desde el que se divisaban un número importante de fincas y con toda la solemnidad que el momento exigía le dijo: **Todo lo que veo, me pertenece.** La muchacha quedó perpleja y entusiasmada, el demonio de la ambición se apoderó de ella, calculó lo que debía valer todo aquello, las ansias de poseer y poder la embargaron y ante la visión de tanta riqueza, no se le ocurrió fijarse en su original novio que mientras pronunciaba esas palabras tenía los ojos cerrados.

La boda se celebró, Arqués incluso llevaba a su esposa de veraneo, pero no a la playa, sino a una casucha que poseía a orillas del río en el término conocido como San Justo. Las inmensas posesiones se habían esfumado, la mujer se sentía humillada, vivía amargada e incluso se hablaba que llegó a padecer necesidades. Pero su flamante esposo logró que su nombre perdurase entre los vecinos del pueblo hasta nuestros días.

## EL BARQUILLERO

Todos los domingos y días de fiesta, hiciese calor o frío, el barquillero cogía su cubo rojo repleto de barquillos, lo sujetaba con correas sobre los hombros, montaba en la bicicleta y se acercaba al pueblo donde los niños lo esperaban llenos de ansias e ilusión. La rueda de la tapa, dorada, brillante, adornada de números que prometían endulzar nuestras bocas con los ricos y crujientes barquillos, se presentaba como algo mágico. Mirábamos atontados la correilla que giraba y giraba, marcando incesantemente los números, 6, 4, 1, 2... hasta detenerse y señalar los barquillos que nos habían tocado. Al girar, la rueda parecía un Sol en movimiento, podíamos ponerla en marcha tras entregar al dueño de la máquina las perrillas o los reales pertinente fruto de la paga del domingo. Siempre sospechamos que el aparato estaba trucado ya que nunca habíamos llegado a conseguir los números altos de nuestros sueños, pero la ilusión del logro nos hacía volver a intentarlo.

Cuando llegaba la noche, el barquillero recogía sus bártulos, cargaba el cubo sobre los hombros, montaba en su bicicleta y tomaba el camino hacia a su hogar. Pero, no se conformaba con las pequeñas ganancias que la tarde le había proporcionado. En su viaje de vuelta y amparándose en la oscuridad, llenaba su cubo con las frutas y verduras de las huertas que jalonaban la carretera y que previamente, había seleccionado en su ida hacia el pueblo.

La huerta de la Nuncia estaba perfectamente cuidada, tenía lechugas, acelgas, pimientos rojos, puerros y peras de invierno en plena sazón, bien lo sabía el barquillero que se había fijado en ella. La noche se había echado, todo estaba oscuro, nadie le veía y la luna alumbraba lo suficiente como para elegir las piezas apetecidas. Dejó la bicicleta y el cubo en la cuneta y entró en la huerta, sacó su navaja y con destreza, separó una lechuga de la mata, para dirigirse, a continuación, hacia el lugar donde había visto los pimientos. Mientras los cogía, tropezó con algo imprevisto, resbaló, perdió el equilibrio y cayó al vacío.

Comentaban los que le habían encontrado, que tenía las manos agarrotadas, las uñas desgastadas y los dedos llenos de heridas, sus esfuerzos nada pudieron contra las paredes resbaladizas cubiertas de musgos y hongos. La humedad y el frío acabaron con su vida en el pozo del que sacaban agua para regar la huerta. Allá quedaron tirados, el cubo de los barquillos, la bicicleta, la lechuga cortada y los pimientos ansiados que delataban su codicia.

El barquillero murió ahogado.

Pascualín Pascualón

Habían robado en la iglesia. El pueblo estaba consternado, sus habitantes se sentían vilmente saqueados, profanados, no en vano, el templo pertenecía a todos. Era el único lugar donde nadie te impedía entrar, en el que se podía sentir el recogimiento, silencio y paz que el alma necesita en determinados momentos de la vida. Allí transcurrían los acontecimientos más trascendentales de los miembros de la comunidad, los bautismos, la primera comunión, las bodas y los funerales de despedida tras la muerte. Sus muros encerraban un habitáculo acogedor en el que cabía todo el pueblo, componían un centro religioso y social al que se acudía a rezar, encontrarse con Dios para pedirle y darle gracias por las mercedes recibidas, seguir los rituales marcados por el clero y por supuesto, era el lugar donde encontrarse con vecinos, amigos y enemigos, un buen sitio para ver y ser vistos. Habían robado los cepillos que contenían el dinero que, con esfuerzo, día a día, iban depositando los feligreses. Sustrajeron las pequeñas joyas, cálices, cuadros, candelabros y estatuas, de santos arraigados en el vecindario fruto de la devoción de sus gentes. Tesoros amados y venerados, donados por los antepasados, unas veces con amor y humildad y otras, como gesto de vanidad o demostración de poder.

Estaban atónitos y doloridos, ¿quien podía haber cometido semejante canallada? ¿quien había osado lacerar el corazón de todo el pueblo?. Nadie lo sabía, ni podían imaginarlo. No era tanto el dolor por el hecho de que la casa del Señor hubiese sido profanada, no, a fin de cuentas, Dios misericordioso todo lo aguantaba y perdonaba, sentían rabia porque alguien había atentado contra los intereses generales, “SUS” intereses y todavía les molestaba más pensar en los beneficios económicos que los ladrones obtendrían con lo robado.

Por el pueblo deambulaba un muchachote al que llamaban Pascualón. Era alto, fuerte, torpe de movimientos y todavía más de entendederas, nadie le hacía caso, salvo los niños que le perseguían riéndose y mofándose de él. Por una vez en su vida se sintió importante, el centro de todas las miradas, era el único que sabía quien había robado en la iglesia, pero, se hacía de rogar, no lo quería decir. Se paseaba ufano por el pueblo, se había convertido en el centro del interés general. Todo el mundo le llamaba, se interesaban por él y de paso, le preguntaban: Pascualín, Pascualón, ¿quien ha robado en la iglesia?. Él estiraba el cuello, sacaba su barriga, metía las manos en el bolsillo del pantalón y contestaba dándose importancia: Mañana os lo lilé, pues pronunciaba las consonantes con la L. Y así pasaron los días, respondiendo siempre lo mismo y sin soltar prenda. La gente se impacientaba, algunos dudaban, era demasiado tonto para hacerle caso, pero, vete a saber, se agarraban al engañoso dicho de que los niños y los tontos dicen siempre la verdad.

El pueblo se fue irritando con Pascualón y éste, pese a la torpeza que le caracterizaba, se percató de que ya no le adulaban tanto, así que decidió contar su secreto, a fin de cuentas, seguiría siendo importante por el hecho de descubrir algo tan fundamental. Decidió reunir a todos en la plaza y allí, de forma solemne desvelar el enigma. Y así se hizo, cuando todos los parroquianos estuvieron reunidos, Pascualón se subió en un poyete y el alcalde le preguntó solemnemente: Pascualín, Pascualón, ¿quien ha robado en la iglesia?. El mozo estiró el cuello, sacó su barriga, metió las manos en los bolsillos del pantalón y tomando conciencia de la importancia del momento, contestó: LOS LALONES.